

EL PROFETA SEDUCIDO POR DIOS Y COMIDO POR SU PUEBLO.

Este Estudio de Evangelio sobre Jeremías nos permite tomar conciencia de la actualidad del mensaje y de la persona del profeta en nuestro contexto histórico, en la problemática actual tanto de la sociedad como de la misma Iglesia. Siguiendo el itinerario de Jeremías podemos ver también el reflejo de nuestra misión como enviados a anunciar el Evangelio en un ambiente tenso, en confrontación con la idolatría moderna, en medio de cierta perplejidad y confusión. Estamos ante el reto y la necesidad de pronunciar una palabra serena y esperanzadora.

El trabajo realizado a lo largo de este curso nos ha llevado a dejarnos interpelar por Dios -que nos habla continuamente en la vida de la Iglesia y en nuestra propia vida-, y a seguir profundizando en nuestra vocación pradosiana a partir de la tercera columna del cuadro de S. Fons que nos sitúa ante la Eucaristía como expresión máxima de la caridad.

Además, este curso se ha concretado la reflexión sobre la unidad de vida en la necesidad de hacerse *buen pan* para el pueblo, tal y como nos lo enseña Antonio Chevrier, y a vivir con profundidad lo que significa que “*el sacerdote es un hombre comido*”.

A mí se me ha pedido que haga un Estudio de Evangelio a partir del libro del profeta Jeremías, viendo cómo el profeta es una persona que ha sido comida por su pueblo y se entrega hasta dar la vida por él.

Asumo el reto de hacer un Estudio de Evangelio a partir de un libro del Antiguo Testamento, para que ilumine nuestra vida y para que aporte elementos a la unidad de vida de nuestro ministerio como presbíteros al servicio de nuestras Iglesias diocesanas.

1 Contexto histórico de Jeremías.

En primer lugar, creo necesario dar unos datos que nos sitúen al profeta Jeremías en su contexto histórico. La palabra que reciben los profetas es una palabra que nace de la historia y que busca interpelar al pueblo de Dios en una situación concreta. Jeremías habrá de vivir unos momentos especialmente dramáticos: los últimos años de vida del reino de Judá, previos a la destrucción del reino a manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

Jeremías nace en el seno de una familia de sacerdotes a mediados del siglo VII antes de Cristo. Su vocación y el inicio de su ministerio profético se sitúan en el año 13 del rey Josías hacia el año 627 a. C., pocos años antes de la reforma que este rey inició en el 622 a. C.

En el plano internacional coincidirá con el declive del imperio asirio y la emergencia de uno nuevo: el imperio babilonio de Nabucodonosor. Por el sur, Egipto vivirá también una época de emergencia y querrá aprovecharse de esa situación de cambio. Judá, como reino pequeño que es, estará a merced de unos y otros. La caída del imperio asirio pondrá el territorio en manos de Egipto que ejercerá un *control benévolo*, y que dará una sensación de tranquilidad y de seguridad a los más ingenuos.

Durante el reino de Joaquín del 609 al 598 a.C., Jeremías cuestionará la confianza de aquellos que dicen desde una posición de poder que “Judá va bien”. El contenido profético de

Jeremías es que Dios está cansado de las infidelidades de su pueblo a la Alianza, lo que es causante de multitud de injusticias y abusos, que lo abandonará en manos de Nabucodonosor, y que lo mejor que puede hacer Judá es rendirse y someterse a los babilonios porque ésta es la voluntad de Dios. Jeremías por este mensaje será considerado un traidor a su pueblo, y Joaquín expresará este rechazo en el año 604 a. C. quemando línea tras línea un mensaje que Jeremías le enviará por medio de Baruc.

Los hechos posteriores darán la razón a Jeremías. Egipto es derrotado por Babilonia y en dos etapas, en 597 en tiempos de Jeconías y 587 a.C en tiempos de Sedecías - los dos últimos reyes del reino -, Nabucodonosor destruirá el reino de Judá, y enviará al exilio a una parte significativa del pueblo, encabezada por el rey y sus dirigentes.

Como *premio* a su *lealtad*, Jeremías no será deportado, sino que permanecerá en Judá. Más tarde, Jeremías será secuestrado por un grupo de sediciosos que huirán a Egipto, y lo trasladarán allí, donde fallecerá en fecha incierta.

2 El drama personal de Jeremías.

Más allá de estos datos históricos, que nos sitúan a Jeremías y a su mensaje en un contexto determinado, pienso que no es difícil imaginar el drama personal que este profeta vivió. Jeremías se siente obligado a anunciar, en contra de sus sentimientos, un castigo que le causa sufrimientos, aislamiento, rechazo, persecuciones. Jeremías vivirá un conflicto interior entre el deseo de dejar de profetizar y el deber impuesto por la autoridad de Dios. Jeremías llegará a rebelarse, protestar y maldecir su suerte, pero no podrá dejar de profetizar.

Con todo Jeremías será un modelo de aquel que, a pesar de todas las dificultades y sufrimientos, encuentra su unidad de vida en la escucha y la acogida de la palabra de Dios. Palabra que será la fuente y el alimento de su ministerio, y que le llevará a hacerse solidario de la suerte de su pueblo, *dejándose comer por él*, hasta dar la vida. Considero, pues, que en Jeremías podemos encontrar una prefiguración del Siervo de Dios, oyente de la palabra de Dios, y que puede ser para nosotros un ejemplo y un estímulo para vivir con más coherencia y fidelidad nuestro ministerio al servicio de los más pobres. Es precisamente lo que intentaré profundizar en este *Estudio de Evangelio* del libro del profeta Jeremías (evidentemente todos los textos citados pertenecen a este libro).

3 Vocación de Jeremías: “antes que nacieses, te tenía consagrado”.

La vocación y el destino de Jeremías tienen su origen en la elección libre y gratuita de Dios. Esta elección no será fruto de una improvisación, sino que hundirá sus raíces en lo más profundo de su ser: “*Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí*” (1,5).

Esta llamada se concretará en la irrupción de una palabra que actuará en él de forma eficaz... “*Entonces alargó el Señor su mano y tocó mi boca. Y me dijo: Mira he puesto mis palabras en tu boca*” (1,9).

...y de forma poderosa: “*Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón, porque se me llamaba por tu Nombre, Señor, Dios del universo*” (15,16).

Palabra eficaz y poderosa que inundará toda la existencia y transformará su vida: “*Entonces el Señor respondió: Si te vuelves porque yo te haga volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca. Que ellos se vuelvan a ti, y no tú a ellos. Yo te pondré para este pueblo por muralla de bronce inexpugnable. Y pelearán contigo, pero no te podrán, pues contigo estoy yo para librarte y salvarte –oráculo del Señor. Te rescataré de la mano de los malos, y te rescataré del puño de esos rabiosos*” (15,19-20).

Palabra que irrumpirá en su vida como un fuego arrollador que será imposible ahogar, por más que se esfuerce el profeta: “*Yo decía: No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su*

Nombre. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (20,9).

Esta situación llegará hasta tal punto, que Jeremías protestará ante Dios diciendo que se siente acosado y acorralado por esta palabra: *“Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has forzado y me has podido” (20,7).*

La irrupción de la palabra de Dios en Jeremías será tan profunda y radical, que convertirá al mismo profeta en palabra. En este sentido, **dos serán los signos** que identificarán el ministerio del profeta. **El primero** de ellos, **la juventud del profeta** en el momento de su llamada, lo que no será un impedimento para que pueda llevar a término su misión, pues contará siempre con la cercanía de Dios: *“No digas: Soy un muchacho pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte -oráculo del Señor”- (1,7-8).*

El segundo, su celibato que será una expresión viviente de la ausencia de futuro de un pueblo que ha sido infiel a la Alianza: *“No tomes mujer ni tengas hijos ni hijas en este lugar. Que así dice el Señor de los hijos e hijas nacidos en este lugar, de sus madres que los dieron a luz y de sus padres que los engendraron en esta tierra: De muertes miserables morirán, sin que sean plañidos ni sepultados” (16,2-4).*

La lectura de estos textos, a la luz del tema de la unidad de vida del sacerdote, me lleva a agradecer el don de la vocación recibida, con la confianza que Dios llevará a buen término esta gracia. Al mismo tiempo, me lleva a recordar y a agradecer, todas las personas que han tenido relación con este proceso y esta historia.

La vocación de Jeremías, vista desde una óptica cristiana, muestra que la unidad de vida ha de tener su fundamento en la relación con el Padre, y que la búsqueda constante de su voluntad ha de ser el alimento para nuestra misión. Además, como cristianos, para nosotros el celibato no es expresión de destrucción y muerte, sino que es signo de futuro, de resurrección y de vida.

4 Mensaje de Jeremías: “Limpia tu corazón de maldad”.

En un primer momento, el mensaje profético de Jeremías consiste en una llamada a la conversión para todo el pueblo, el cual ha roto de una forma unilateral la Alianza del Sinaí. Esta ruptura se ha producido porque se confía en el éxito de las alianzas políticas y en una prosperidad aparente que se sustenta en la injusticia y en la opresión del pobre.

Por lo que hace a la tranquilidad aparente que viene del éxito de las alianzas políticas con los poderosos del mundo, se afirmará: *“Así dice el Señor: Maldito sea aquel que fía en el hombre, y hace de la carne su apoyo, y del Señor se aparta en su corazón. Pues es como el tamarisco en la Arabá, y no verá el bien cuando viniere. Vive en los sitios quemados del desierto, en saladar inhabitable. Bendito sea aquel que fía en el Señor, pues el Señor no defraudará su confianza. Es como árbol plantado a las orillas del agua, que a la orilla de la corriente echa sus raíces. No temerá cuando viene el calor, y estará su follaje frondoso; en año de sequía no se inquieta ni se retrae de dar fruto” (17,5-8).*

Esta sensación falsa de seguridad se completa con una prosperidad que tiene el precio de la sangre de los más pobres: *“Porque criminales hay en mi pueblo que ponen trampas como cazadores y cavan fosas para cazar hombres: sus casas están llenas de fraudes como una cesta está llena de pájaros. Así es como medran y se enriquecen, engordan y prosperan; rebosan de malas palabras, no juzgan según derecho, no defienden la causa del huérfano ni sentencian a favor de los pobres” (5,26-28).*

Y más adelante dirá para mostrar la falsedad de esta esperanza: *“La perdiz incubaba lo que no ha puesto; así es el que hace dinero, mas no con justicia: en mitad de sus días lo ha de dejar, y a la postre resultará un necio” (17,11).*

La denuncia llegará a su punto más álgido, cuando Jeremías, situado a las puertas del templo, dirija estas duras palabras a los que están entrando en aquel momento, palabras que seguramente nos recordarán un episodio conocido de la vida de Jesús: *“Oíd la palabra del Señor, todo Judá, los que entráis por estas puertas a postraros ante el Señor. Así dice el Señor del universo, el Dios de Israel: Mejorad de conducta y de obras, y yo haré que os quedéis en este lugar. No fiéis en palabras engañosas diciendo: ¡Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor es éste! Porque si mejoráis realmente vuestra conducta y obras, si realmente hacéis justicia mutua y no oprimís al inmigrante, al huérfano y a la viuda, y no vertéis sangre inocente en este lugar, ni andáis en pos de otros dioses para vuestro daño, entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde siempre hasta siempre. Pero he aquí que vosotros fiáis en palabras engañosas que de nada sirven, para robar, matar, adulterar, jurar en falso, incensar a Baal y seguir a otros dioses que no conocíais. Luego venís y os paráis ante mí en esta Casa llamada por mi Nombre y decís: ¡Estamos seguros!, para seguir haciendo todas esas abominaciones. ¿En cueva de bandoleros se ha convertido a vuestros ojos esta Casa que se llama por mi Nombre? ¡Pues sí, eso es lo que yo veo!, Palabra del Señor”* (7,2-11).

Para Jeremías el verdadero drama del pueblo se juega no tanto en la lejanía de ninguna corte imperial, ya sea en Egipto, Asiria o Babilonia, sino en lo más cercano que tenemos: nuestro corazón. Así lo afirmará el profeta: *“El corazón es lo más retorcido; no tiene arreglo: ¿quién lo conoce? Yo, el Señor, exploro el corazón, examino el interior de los hombres, para dar a cada cual según su camino, según el fruto de sus obras”* (17, 9-10).

Desde esta convicción, Jeremías llamará a la conversión radical del corazón humano, volviendo su mirada a Dios y al hermano: *“Limpia de malicia tu corazón, Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo durarán en ti tus pensamientos torcidos?”* (4,14).

Sin esta conversión auténtica y radical, el pueblo se precipita al desastre: *“Aprende, Jerusalén, no sea que se despegue mi alma de ti, no sea que te convierta en desolación, en tierra despoblada”* (6,8).

Pero, por desgracia, Jeremías se encontrará con el rechazo de sus palabras: *“Entonces dijeron: Venid y tramemos algo contra Jeremías, porque no va a faltarle la ley al sacerdote, el consejo al sabio, ni al profeta la palabra. Venid e hirámosle por su propia lengua: no estemos atentos a todas sus palabras”* (18,18).

Rechazo que contará con el desprecio del rey Joaquín que quemará un mensaje escrito que el profeta le envía – podéis leer el capítulo 36- y con toda una serie de maquinaciones contra él: *“Escuchaba las calumnias de la turba: ¡Terror por doquier!, ¡denunciadle!, ¡denunciémosle! Todos aquellos con quienes me saludaba estaban acechando un traspié mío: ¡A ver si se distrae, y le podremos, y tomaremos venganza de él!”* (20,10).

Maquinaciones que implicarán incluso la muerte del profeta: *“Y en efecto, así dice el Señor tocante a los de Anatot, que buscan mi muerte diciendo: No profetices en nombre del Señor, y no morirás a nuestras manos”* (11,21).

Rechazo que no tendrá éxito, sino que al final llevará a la confusión de sus detractores y perseguidores: *“Todos los que te abandonan serán avergonzados, y los que se apartan de ti, en la tierra serán inscritos en el libro de los muertos, por haber abandonado el manantial de aguas vivas, Señor”* (17,13).

Dios invitará a Jeremías a mirar más allá de su aparente debilidad: *“El Señor me lo hizo saber, y me enteré de ello. Entonces me descubriste, Señor, sus maquinaciones. Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero, sin saber que contra mí tramaban maquinaciones: Destruyamos el árbol en su vigor: bórremoslo de la tierra de los vivos, y su nombre no vuelva a mentarse”* (11,18-19).

Y le animará a resistir y a mantenerse fiel a la palabra recibida a pesar de todas las dificultades: *“Por tu parte, te apretarás la cintura, te alzarás y les dirás todo lo que yo te*

mande. No desmayes ante ellos, y no te haré yo desmayar delante de ellos; pues, por mi parte, mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda esta tierra, así se trate de los reyes de Judá como de sus jefes, de sus sacerdotes o del pueblo de la tierra” (1,17-18).

Además, el rechazo a la oferta de salvación de Dios hará inevitable el desastre que se precipita sobre Judá: *“Entonces me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: ¿Qué estás viendo, Jeremías? Una rama de almendro estoy viendo. Y me dijo el Señor: Bien has visto. Pues así soy yo, velador de mi palabra para cumplirla. Nuevamente me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: Un puchero hirviendo estoy viendo, que se vuelca de norte a sur. Y me dijo el Señor: Es que desde el norte se iniciará el desastre sobre todos los moradores de esta tierra. Porque enseguida llamo yo a todas las familias reinos del norte - palabra del Señor- y vendrán a instalarse a las mismas puertas de Jerusalén, y frente a todas sus murallas en torno, y contra todas las ciudades de Judá, a las que yo sentenciaré por toda su malicia: por haberme dejado a mí para ofrecer incienso a otros dioses, y adorar la obra de sus propias manos” (1,11-16).*

Nosotros, como presbíteros, no encontramos la unidad de vida, sólo en la acogida del don, sino también en el trabajo y el esfuerzo de cada día. Este trabajo pide en nosotros obediencia a la voluntad del Padre, el discernimiento constante a través de los medios propios del Prado - tales como la Revisión de vida-, la interioridad que es fruto de una oración personal y eclesial continuada, el conocimiento de Jesucristo descubierto a través del Estudio de Evangelio, y la comunión con la historia y la suerte de nuestro pueblo del cual formamos parte y al cual somos enviados como pastores del pueblo de Dios.

De esta manera, los presbíteros encontraremos la unidad de vida, en la escucha valiente de aquello que Dios hoy nos dice a nuestras Iglesias diocesanas, en estos momentos de grandes cambios que nos ha tocado vivir.

5 Conversión de Jeremías: “¡Ay de mí, madre mía, por qué me diste a luz!”

¿Cómo vivirá Jeremías esta situación? Como ya he dicho, Jeremías se siente acosado por la palabra que irrumpe en su vida de forma impetuosa. A medida que avancen sus problemas y dificultades, Jeremías cuestionará a Dios sobre sus misteriosos designios, inalcanzables al entendimiento humano: *“Tú llevas la razón, Señor, cuando discuto contigo: no obstante, voy a tratar contigo un punto de justicia. ¿Por qué tienen suerte los malos, y son felices todos los felones? Los plantas y enseguida arraigan, van a más y dan fruto. Cerca estás tú de sus bocas, pero lejos de su interior. En cambio a mí ya me conoces, Señor, me has visto y has comprobado que mi corazón está contigo” (12,1-3).*

Fidelidad que Jeremías ha mantenido desde su más temprana juventud: *“No me senté en peña de gente alegre y me holgué: por obra tuya, solitario me senté, porque de rabia me llenaste. ¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, y mi herida irremediable, rebelde a la medicina? ¡Ay! ¿serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?” (15,17-18).*

Jeremías apelará de una forma reiterada a su fidelidad para pedir justicia: *“Tú lo sabes. Señor, acuérdate de mí, visítame y hazme justicia de mis perseguidores. No dejes que por largarse tu ira sea yo arrebatado. Sábelo: he soportado por ti el oprobio” (18,15).*

“Cúrame, Señor, y sea yo curado; sálvame, y sea yo salvo, pues mi prez eres tú. Mira que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Vamos, que venga! Yo nunca te apremié a hacer daño; no he anhelado el día irremediable, tú lo sabes: lo salido de mis labios enfrente de tu faz ha estado. No seas para mí espanto, ¡oh tú, mi amparo en el día aciago! Avergüéncense mis perseguidores, y no me avergüence yo; espántese ellos, y no me espante yo” (17,14-18).

Pero el sufrimiento acumulado a lo largo de los años llevará a Jeremías a maldecir su suerte: *“¡Ay de mí, madre mía, porque me diste a luz, varón discutido y debatido por todo el país! Ni*

les debo, ni me deben, ¡pero todos me maldicen! Di, Señor, si no te he servido bien: intercedí ante ti por mis enemigos en el tiempo de su mal y de su apuro” (18,10-11).

Y siempre que el profeta haga balance verá resultados negativos: *He sido la risa de todos, todo el día se burlan de mí. Pues cada vez que hablo es para clamar: “¡Violencia!”. Y para gritar: ¡Destrucción! La palabra del Señor ha sido para mí oprobio y befa cotidiana” (20,8).*

Y al profeta le angustia un último por qué: ¿por qué precisamente él y sólo él tiene la responsabilidad de entender y de hablar en medio de la indiferencia general y las hostilidades, sin esperanzas de poder aligerar el mal que se aproxima? Jeremías llegará incluso a maldecir el mismo día de su nacimiento y la alegría de su padre en ese día: *“¡Maldito el día en que nací! ¡el día que me dio a luz mi madre no sea bendito! ¡Maldito aquel que felicitó a mi padre diciendo: Te ha nacido un hijo varón, y le llenó de alegría! Sea el hombre aquel semejante a las ciudades que el Señor destruyó sin que le pesara, y escuche alaridos de mañana y gritos de ataque al mediodía. ¡Oh, que no me haya hecho morir desde el vientre, y hubiese sido mi madre mi sepultura, con seno preñado eternamente! ¿Para qué haber salido del seno, a ver pena y aflicción, y a consumirse en la vergüenza mis días?” (20,14-18).*

¿Cuál será la respuesta de Dios ante esta situación? La llamada a permanecer en la fidelidad y la confianza en su presencia: *“Si con los de a pie corraste y te cansaron, ¿cómo competirás con los de a caballo? Y si en tierra abierta te sientes seguro, ¿qué harás entre el boscaje del Jordán? Porque incluso tus hermanos y la casa de tu padre, éstos también te traicionarán y a tus espaldas gritarán. No te fíes de ellos cuando te digan hermosas palabras” (12,5-6).*

Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy -palabra del Señor- para salvarte” (1,19).

El profeta será invitado a reconocer y agradecer esta presencia de Dios en su vida: *“Pero el Señor está conmigo, cual campeón poderoso. Y así mis perseguidores tropezarán impotentes; se avergonzarán mucho de su imprudencia: confusión eterna, inolvidable. ¡Oh Señor del universo, juez de lo justo, que escrutas el interior de los corazones! Haz que pueda ver cómo les pides cuentas, ya que he confiado mi causa en ti. Cantad al Señor, alabad al Señor, porque ha salvado la vida de un pobrecillo de manos de malhechores” (20,11-12).*

“El sacerdote es un *“hombre comido”* nos dirá la tercera columna del cuadro de S. Fons. Esta es la expresión máxima de caridad: dar toda nuestra existencia a nuestros hermanos con la finalidad de hacernos buen pan; este dinamismo estará detrás de nuestra eficacia apostólica. Las constituciones del Prado, dicen en su número 11: *“convertirnos en buen pan para el pueblo, y en particular, para los miembros de las comunidades que estamos llamados a edificar con los pobres. Para que este amor llene totalmente nuestra vida y nuestro ministerio, somos llamados a vivir la castidad en el celibato. En el ministerio de la Eucaristía, al comulgar de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, somos invitados a ofrecernos cada día en sacrificio, haciéndonos alimento de cuantos buscan una respuesta de amor, verdad y liberación definitiva”.*

6 En el horizonte una esperanza: Pactaré una nueva alianza.

El desastre se ha consumado, el reino de Judá no existe, ha sido borrado de la tierra, el pueblo se encuentra en el exilio. Jeremías recibe una nueva palabra, Dios continúa trazando sus planes sobre su pueblo: *“Hizome ver el Señor, y he aquí que había un par de cestos de higos presentados delante del Templo del Señor -esto era después que Nabucodonosor, rey de Babilonia, hubo deportado de Jerusalén al rey de Judá, Jeconías, -. Un cesto era de higos muy buenos, como los primerizos, y el otro de higos malos, tan malos que no se podían comer... Entonces me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: Así habla el Señor, Dios de Israel: Como por estos higos buenos, así me interesaré a favor de los desterrados de Judá que yo eché de este lugar al país de los caldeos. Pondré la vista en ellos para su bien, los devolveré a este país, los reconstruiré para no derrocarlos y los plantaré para no*

arrancarlos. Les daré corazón para conocerme, pues yo soy el Señor, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón” (24,1-7).

Detrás del expansionismo de Babilonia, ha estado la voluntad de Dios, que ha querido dar una lección a Judá. Después de esto, Dios no piensa dejar abandonado al pueblo a su suerte, sino que continúa teniendo la puerta abierta y la mano tendida: *“He aquí que vienen días -palabra del Señor- en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos -palabra del Señor-. Esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días -palabra del Señor -: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: Conoced al Señor, pues todos ellos me conocerán del más pequeño al más grande -palabra del Señor- cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme” (31,31-34).*

Además, al final, Babilonia también acabará recibiendo su merecido, pues nadie puede pretender ocupar el lugar de Dios y salir impune, la confusión y el fracaso serán la consecuencia de esta actitud: *“Pues bien, mirad que vienen días en que visitaré a los ídolos de Babilonia, y todo su territorio se abochornará, y todos sus heridos caerán en medio de ella. Y harán coro contra Babilonia cielos y tierra y todo cuanto hay en ellos, cuando del norte lleguen los devastadores -palabra del Señor-. También Babilonia caerá, oh heridos de Israel” (51,47-49).*

“Así dice el Señor del universo: Aquella ancha muralla de Babilonia ha de ser socavada, y aquellas sus altas puertas con fuego han de ser quemadas, y se habrán fatigado pueblos para nada, y naciones para el fuego se habrán cansado” (51,58).

Como siempre la nueva oferta de salvación y la puerta abierta de nuevo por parte de Dios, pedirá la implicación total de la persona del profeta, que habrá de ser fiel a esta palabra, si es necesario, hasta dar la vida: *“Mira que he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar” (1,10).*

Estas últimas palabras me hacen descubrir la importancia de que los presbíteros seamos hoy portadores de futuro y de esperanza. En un mundo lleno de malas noticias, de situaciones conflictivas que parecen haber entrado en callejones sin salida, uno de los principales retos que se hacen a nuestro ministerio es el de **aportar una palabra serena y esperanzadora**. En este sentido encontraremos nuestra unidad de vida, en la comunión con el Siervo, que continuamente busca el conocimiento del proyecto de Dios sobre él, que se hace servidor de sus hermanos, que tiene misericordia y compasión con los más pequeños, avanzando en el convencimiento de que *“tener el Espíritu de Dios lo es todo”*. Acabaremos con un breve fragmento de las Constituciones referidas a la tercera columna que hemos contemplado: *“Tomaremos como lema de caridad esta palabra de nuestro Señor: **tomad y comed**, considerándonos como un pan espiritual que ha de alimentar a todos por la palabra, el ejemplo y la entrega” (Cons 11).*

Jordi Espí Vives
Barcelona